

B. Parque de columpios

SARA MEDINA PERIS



Capítulo 1

Mi madre lloraba cada noche y yo no sabía por qué.

Vivíamos cerca de una enorme extensión verde sólo manchada por algunas flores violetas. Al amanecer, solía acompañar a mi padre al campo de opio. Me costaba un mundo entero levantarme tan temprano pero él entraba en la habitación y tirándome del brazo me arrancaba de la almohada. El simple hecho de despertar seguía constituyendo una gran paradoja, era algo predecible pero nunca lo veía venir.

Después de tomar casi entre sueños una taza de leche con cereales que ya estaba esperando sobre el mármol de la cocina, subíamos al coche y siguiendo la carretera cruzábamos el puente que separaba los dos barrios históricos de Puente Genil y todos los edificios del municipio desaparecían rápidamente.

Al poco tiempo, mi padre reducía la velocidad y entrábamos en un camino embarrado que a duras penas parecía un sendero transitable. Tanteando con cuidado para evitar los socavones, llegábamos a nuestro destino.

Me quedaba durante horas observando aquellas plantas que podían llegar a crecer hasta un metro y medio. Días después de caer los pétalos, recogíamos la pegajosa resina marrón que brotaba de forma natural por las aberturas superiores con la lentitud con la que una araña teje su tela, y la dejábamos secar hasta que se convertía en una piedra oscura.

Recubríamos las piedras con plástico y las llevábamos a una fábrica cercana de productos químicos que se encargaba de extraer los compuestos que, posteriormente, se trataban en los laboratorios farmacéuticos con fines médicos y terapéuticos.

De Córdoba a Sevilla, por el margen derecho del Guadalquivir, grandes extensiones de cultivo de amapolas comenzaban esos días a florecer.

Mi padre era un hombre de expresión seria que mantenía siempre una mirada como perdida en un infinito incierto bajo los ojos aquejados de cataratas. Llevaba una frondosa barba negra y se cubría siempre la cabeza con el mismo turbante desgastado de color castaño ya rozando las fronteras del ocre. Vestía una túnica color *toffee* y calzaba unas viejas babuchas orientales.

Por aquel entonces, mi hermano pequeño tenía tres años y yo tenía nueve. Ambos nacimos en Córdoba pero mi madre era turca y mi padre afgano. Mi madre me explicó que tras casarse muy jóvenes habían vivido varios años en Afganistán. Después de que los soviéticos se retiraran definitivamente del país, todos los conflictos posteriores provocaron que,

cansados de tanta violencia, sólo anhelasen marcharse de allí para encontrar la paz y la libertad que reinaban en otros lugares.

Durante esos años en Kabul mi padre aprendió a dominar el cultivo de opio y al llegar a la península, con los ahorros de toda una vida, compró aquel gran terreno propiedad de un tal Pedro Cubero y también un piso humilde sin ascensor, pero ordenado, limpio y luminoso en un bloque de pisos sociales habitados casi en su totalidad por familias musulmanas y un ex-legionario retirado que pasaba las horas en su terraza, en pantalón corto y pijama, fumando un cigarrillo tras otro con brillo mate en la mirada.

Mi padre tuvo serios problemas para conseguir las autorizaciones necesarias para poder cultivar; había un estricto control por parte del Ministerio de Sanidad e Interior y la Policía Nacional vigilaba los campos a diario.

Para alcanzar la licencia tuvo que redactar una memoria que, tras justificar el cultivo, especificase las variedades cultivadas, la extensión superficial dedicada a ello y su localización; también necesitó una certificación de la alcaldía, acreditarse como agricultor, un contratista, las jefaturas agronómicas, una certificación de idoneidad, un plano o croquis de la plantación; además de otras cautelas oficiales que afectaban a la recogida y comercialización de la cosecha.

A veces, cuando él se lo permitía, también nos acompañaba mi madre. Guardaba algunas de las plantas en su bolso de tela bordado y al llegar en casa, las dejaba secar al sol colgándolas de una pinza junto a la ropa. Entrada la noche, molía las cabezas secas y las echaba al agua hirviendo. Se bebía la infusión de opio junto a una cucharada de limón y unas gotas de vinagre. A la media hora, después de algún sollozo, solía vomitar. Luego lloraba tímidamente durante un tendido rato y finalmente se relajaba tanto que se dormía y empezaba a soñar. Ella decía que lo tomaba para evitar que mi hermano pequeño gritase tan fuerte, pero yo intuía que lo hacía para paliar su dolor. Mi madre sufría en silencio.

Después de trabajar el campo regresábamos a casa e iba a la escuela con mi mejor amigo Jaime. Era un chico de estatura media, de constitución delgada y tenía la extraña manía de alisarse el flequillo contra la frente con la delicadeza de un restaurador a cada segundo.

Aunque estábamos en la misma clase desde hacía tres años, nos habíamos hecho amigos en las actividades que se organizaban en el pueblo durante el verano. En el Parque de los Pinos jugamos en un equipo mixto a un torneo de béisbol en una cancha flanqueada por árboles y quedamos finalistas. Volvimos a casa paseando por la calle principal atestada de tiendas amparadas bajo enormes soportales y dominada por un trasiego constante de personas. Saboreé la delicia de aquella

experiencia compartida y desde entonces, nos hicimos inseparables.

De clase media y familia atea, Jaime se presentaba siempre delante de la puerta de mi casa a las nueve y media como un clavo. El colegio estaba situado a unas cinco manzanas, en la calle Don Gonzalo, al lado de un palacio del siglo XVIII de grandes dimensiones y dispuesto en torno a un elegante patio de columnas de jaspe rojo.

Aquella mañana de primavera me contó que su padre, el carnicero Luís Pereira, le había dicho con total seguridad que mi madre se vestía de aquel modo porque mi padre la obligaba, que a las mujeres en Afganistán no se les permitía trabajar fuera de casa y que ni tan siquiera podían mostrar los tobillos por la calle; me dijo que eran esclavas de sus maridos talibanes, esposas sumisas y maltratadas que lo aguantaban todo movidas por una falsa fe religiosa.

Yo adoraba compartir con Jaime con la complicidad de los verdaderos conspiradores todo lo que contaba su padre. Con la misma fe que un creyente adora a su Dios creía todo lo que decía el carnicero Luís Pereira - me resultaban fascinantes sus pelos en el lóbulo de la oreja, que nunca necesitase a Alá y que ese año hubiese llevado a su hijo a escuchar blues al *Rock and River Blues Festival* - pero aquellas palabras retumbaron dentro de mí propinándome un puñetazo en el estómago. El silencio me amordazó y fui incapaz de articular palabra. En aquel momento, visualicé a mi madre.

En alguna ocasión, cuando salía los domingos para ir al mercado situado en la plaza central de la aldea, la había observado con detenimiento desde la ventana de la cocina retirando las cortinas amarillentas que olían a guisos quemados.

Llevaba siempre un velo bordado con finos hilos de oro que se ataba en la cabeza, éste caía y le tapaba toda la cara a excepción de una abertura que tenía en la zona de los ojos. Se cansaba al caminar y a duras penas podía ver con claridad nada que no se encontrase a un metro de distancia.

Parecía necesitar siempre a otras personas para poder desplazarse con cierta eficacia. Tenía los dedos montados unos encima de los otros y grandes protuberancias en los brazos - según me contó mi padre, antes de que yo naciera había tenido un serio accidente al cruzar la calle -. El resto de su cuerpo no se lo vi nunca.

Sumidos en el mismo silencio a tan sólo una manzana de la escuela, recordé como ella siempre decía que las mujeres musulmanas vestían así por Alá; que él era el único que las había aleccionado. Años atrás se había

puesto a leer el Corán y lo había descubierto y decidido por sí misma.

Me había contado que en el pueblo era discriminada por su vestimenta, que una vez fue a hacer uno de los cursos de hostelería, albañilería y pintura en el centro de monjas de la caridad y le dijeron que vestida de esa manera, estaba prohibido.

En ese instante recordé con perfecta nitidez como por mis adentros había pensado que ese recelo se debía, tal y como nos había explicado el profesor de historia en clase, a que los musulmanes de Granada habían atacado la villa mucho tiempo atrás.

Aunque toda mi vida había visto a mi madre vestida con esas largas telas, mientras acomodaba mis pasos al caminar vigoroso de Jaime que seguía la ruta con la carpeta apretada contra el pecho como si fuera un escudo, aquellas palabras recrearon dentro de mí un territorio nublado pero que a la vez, anhelaba descifrar.

Me salté la clase de geografía de la tarde y, aprovechando que no había nadie en casa, entré a escondidas en el dormitorio de mi madre para probarme uno de sus vestidos. Bajo aquel pesado ropaje perdí la vista de los ángulos laterales y el campo visual apareció, detrás de las celdas del tejido que se abría delante de las pupilas, completamente enrejado. ¿Cómo podía vivir siempre con aquello encima?

Intentaba bajar la escalera con la sensación de caer en cualquier momento hacia el turbio imperio de lo impredecible cuando, de repente, escuché la puerta del recibidor. Corrí velozmente hacia la mesa del comedor que seguía cubierta con el hule de tela a cuadros y en dos zancadas, me escondí bajo el mueble para que no me descubriesen. Esa escena quedó grabada en mi retina para toda la vida.

Mi padre entró por la puerta tras mi madre y anduvo arriba y abajo lleno de ira, destrozándolo todo. Me tapé fuertemente los oídos con las manos. En medio de ese arrebato, el miedo respondió hecho silencio mientras las lágrimas empezaron a mojar mis mejillas bajo la tela que todavía recubría mi cuerpo al completo. Mi madre se sacó el velo y, paralizada, ahogó como pudo el llanto. De repente, como un relámpago que termina en un fuerte trueno, tiró el jarrón de cerámica persa contra el suelo salpicando de agua todo el salón. Después, concentró la rabia en su mano y sujetando una espátula de madera astillada descargó un golpe seco en su rostro. Ella se llevó las manos a la cara y cayó abatida sobre el suelo. Se desabrochó el cinturón lentamente, tiró de él hasta que se desprendió y azotó sin descanso una y otra vez la espalda de mi madre que seguía tirada en el suelo con la cabeza protegida entre los brazos. Aunque yo apretaba cada vez más fuerte los oídos con las manos, escuchaba impactar la dureza del cuero tras cada azote. Él respiraba a golpes. Cuando todavía enfurecido se disponía a levantar nuevamente el

brazo, no pude soportarlo más y grité tan fuerte que conseguí desviar la ira. Con los ojos fijos en mí y con la cara todavía roja, tiró el cinturón al suelo y se desplomó en el sofá. Desmadejado sobre el mullido terciopelo se llevó las manos a la cara, se secó las gotas de sudor que bajaban incansablemente por su frente. Yo me quedé sin respiración por un instante.

Después de unos segundos, mi madre se incorporó con movimientos lentos y con los ojos todavía llorosos y una mezcla de sangre y saliva en la comisura de los labios, se sentó en la mecedora de madera y me tendió los brazos abiertos para que me acercara, encerrada en un silencio que denotaba fragilidad. Combatiendo internamente las sombras de ese gesto, me dirigí hacia ella como aquel que camina hacia un destino desconocido y nos balanceamos como si estuviéramos en un tranquilo parque de columpios y no acabase de ver que aquel hombre de expresión seria acababa de arrojarla al suelo.

Mi madre me abrazó fuertemente contra su pecho con el miedo y el desánimo que moldeaban su vida a partes iguales. En ese momento, recordé las palabras que el carnicero Luís Pereira le había dicho a Jaime y la miré con la docilidad con la que alguien de nueve años acepta la más aterradora de las realidades.

Convertí mi vaga intuición en certeza, mi madre sufría en silencio. Miré a mi padre con rabia y grité:

¡Talibán!

Esa fue la última vez que conseguí sostenerle la mirada.